

# EN MOTO POR EL EJE DEL MAL: EGIPTO, DEL SINAÍ A SIWA

*“Ten mucho cuidado”, me recomendaba el autor de aquel correo electrónico, “se ha montado un escándalo con lo de wikileaks. Las agencias de prensa advierten de que crece la indignación entre los musulmanes. Te has metido en el epicentro de una ola de cristianofobia”. Cerré la página web y miré en derredor. Los abundantes usuarios de aquel cibercafé en pleno Kurdistán iraquí no me prestaban la más mínima atención, enfrascados como estaban en sus videojuegos. ¿Wiki qué?, me pregunté extrañado. Salí afuera. La populosa ciudad de Erbil hervía de actividad. Un grupo de curiosos rodeaba mi motocicleta con matrícula española. Uno de ellos se había subido para que le fotografiasen. A ninguno parecía importarle lo más mínimo que del retrovisor colgara un sencillo crucifijo. Ningún musulmán de los muchos con los que me relacioné durante los siguientes días me comentó nunca nada sobre algo llamado wikileaks.*

**texto y fotos MIQUEL SILVESTRE**





**R**escato este párrafo de mi diario del viaje que realicé por toda la orilla sur del Mediterráneo, Irak e Irán en el 2009. Fue antes de esa explosión que los medios occidentales, con exceso de voluntarismo, llamaron Primavera Árabe. Estas notas conforman el armazón de lo que tal vez algún día sea un libro que podría titular “En moto por la cuna del yihadismo”.

En todo caso, aquel fue un viaje que no se puede repetir porque Siria y Libia están actualmente vetadas al tránsito para los occidentales, y porque todos aquellos países que yo conocí nunca volverán a ser como entonces. Esa parte del mundo ha cambiado radicalmente en muy poco tiempo. Estas notas bien pueden servir para conocer como eran justo antes de la conmoción.

Creo que, por ejemplo, teniendo en cuenta lo que sale actualmente en los informativos sobre la región, puede ser interesante repasar las impresiones que me dejó el recorrer justo antes de la caída de Mubarak un país presuntamente pro occidental como Egipto desde el Sinaí al oasis de Siwa en el corazón del Sahara.

Accedí al país de los faraones desde Jordania, cruzando el mar Rojo en un ferry que me llevaría de Aqaba a Taba, en la Península del Sinaí. En el barco se hacinaba una

Durante la larga espera a bordo me fijé en el callo rugoso que muchos hombres tenían en la frente. Es el callo del creyente, se lo hacen al golpear repetidamente la cabeza contra la alfombra sobre la que rezan cinco veces al día. Es otra jerarquía exterior como cualquier otra. El que tiene el callo más gordo, es más pío, es mejor.

Desembarcamos tras una hora metidos en el barco ya atracado. El tramite aduanero era una incomprendible gymcana destinada a atracarte cuanto dinero se pueda. Un policía se encargaba de que la moto pasara la inspección de explosivos. Esta inspección podía durar horas o cinco minutos, eso dependía solo de la cuantía que recibiera por babshik, la propina, auténtica institución nacional egipcia.

Cuando conseguí ingresar en Egipto, me quede a dormir en lo primero que encontré, que fue un hotel para turistas occidentales. Al día siguiente vi que estaba dentro de un verdísimo campo de golf. Solícitos empleados me sonreían desde dentro de sus impecables uniformes caquis. Matutinos golfistas europeos circulaban en carritos eléctricos. Sus mujeres exhibían la sombra del bikini bajo tenues y translucidos vestidos playeros. Era un perfecto paraíso de felicidad y palmeras. Hasta que llegué a la carretera. El coche de la policía armada y un astroso pick up cargado de tipos ceñudos y profusos de barbas me recordaron bruscamente que estaba en Oriente Medio y que toda aquella liofilizada realidad era superficial.

Superficial y peligrosa. Ahora el turismo se ha hundido en el Sinaí. Pero ya entonces me pregunté cuanto duraría el equilibrio ante tan atroz desigualdad. Los ojos de aquella gente observaban atónitos el desfile de vanidades importadas del más estúpido universo occidental. Lo que los tour operadores traían hasta allí eran las más banales masas de consumidores, a los que les daba igual estar en Egipto, en Croacia o en Estepona. Lo único que les interesaba era el sol y los precios baratos.

“... aquel fue un viaje que no se puede repetir porque Siria y Libia están actualmente vetadas al tránsito para los occidentales, y porque todos aquellos países que yo conocí nunca volverán a ser como entonces.”

“La multitud se amontonó pero no protestaba. No se protesta porque no hay motivos para hacerlo. Las cosas se aceptan como vienen porque así es la voluntad de Alá y porque de nada sirve protestar.”



Prisión en Siwa

multitud. La mayoría eran viejos árabes y mujeres embobadas como sombras. Mostraban una paciencia de siglos y una resistencia inaudita al terrible calor.

La partida se demoró, como era previsible. En Oriente Medio nunca hay horarios fijos. Se zarpa cuando no cabe nadie más o cuando el capitán lo decide por razones que solo a él incumben. Tras una corta navegación por el calmo golfo de Aqaba en el que solo veíamos el ocre del desierto en ambas orillas arribamos al puerto de destino. Pero arribar no significa desembarcar. Esperamos, esperamos, esperamos. La multitud se amontonó pero no protestaba. No se protesta porque no hay motivos para hacerlo. Las cosas se aceptan como vienen porque así es la voluntad de Alá y porque de nada sirve protestar.

turismo se ha hundido en el Sinaí. Pero ya entonces me pregunté cuanto duraría el equilibrio ante tan atroz desigualdad. Los ojos de aquella gente observaban atónitos el desfile de vanidades importadas del más estúpido universo occidental. Lo que los tour operadores traían hasta allí eran las más banales masas de consumidores, a los que les daba igual estar en Egipto, en Croacia o en Estepona. Lo único que les interesaba era el sol y los precios baratos.

Aquellas mujeres semidesnudas y las descomunales melopeas de barra libre con que se obsesaban los muchos rusos que turisteaban en Sinaí eran auténticas provocaciones para la legión de camareros, jardineros, botones y mozos de carga egipcios; menestrasles pobres como ratas que servían en silencio, pero que cuando se quitaban el uniforme de esclavo hotelero habitaban en miserables poblados donde en las mezquitas se les decía que esos que se alojaban en los hoteles donde trabajaban eran el mal.

Resultaba muy inquietante lo que veía. Y sin embargo, por otro lado era feliz porque estaba en el maldito Sinaí, un desierto que aparece en la Biblia. Todo ante mis ojos era asombroso, bello y emocionante. Miré el horizonte de absoluta belleza. Vi que enormes paredes de piedra roja se alzaban a lo largo de las dos costas enfrentadas. Respiré hondo y llené mis pulmones del mismo oxígeno que respiraron las doce tribus de Israel.

Abundan los controles policiales. Me daban el alto y siempre hacían las mismas preguntas. Nacionalidad, procedencia, destino, pasaporte. A partir de Nuweiba

“... era feliz porque estaba en el maldito Sinaí, un desierto que aparece en la Biblia. Todo ante mis ojos era asombroso, bello y emocionante.”

me desvié hacia el interior de la península. Apareció el desierto con mayúsculas. Amarillo, puro, absoluto.

Estoy haciendo el camino inverso al que hiciera Moisés desde el Monte Nebo con las tribus judías escapadas de Egipto. El horizonte se encrespó salvajemente. Con el sol de frente, las crestas afiladas que veía a lo lejos estaban envueltas entre una bruma opalina. Cuando llegué a la cordillera, el camino se convirtió en laberinto entre montes. Las lomas estaban surcadas por estratos de distinto color. Las líneas paralelas que señalaban su edad eran casi verticales. Las tensiones tectónicas que sufrie-



Un habitante de la ciudadela de Siwa

ron fueron brutales, su brusca elevación es fruto de algún tipo de ira sísmica que no había visto en ningún otro lugar.

Encontré algún pobre poblado, camiones desvencijados, pick ups oxidadas, cabras famélicas, algún palmeral, gente mísera vestida con túnica y kefiya. Los niños no saludaban, sino que me tiraban piedras sin que nadie los reprendiera. Aquí los turistas no vienen y no son bienvenidos. Al atardecer apareció la costa oeste del Sinaí. Allí no había resorts. Solo fábricas y refinerías que escupían humo al sol moribundo convertido en una pura en bola de fuego.

Crucé el túnel bajo el canal de Suez y entré en África. Cuando llegué a El Cairo encontré una megalópolis enorme, congestionada, envuelta en una toxica neblina. La construcción de la urbe fue en su día racional, bien acabada, con calles largas, avenidas, aceras... pero luego se ha dejado de la mano de Dios, o sea de nadie. Las tiendas de lujo se yerguen immaculadas sobre la inmunidia. El dueño limpia su entrada de desperdicios y las montañas de papeles, peladuras y plásticos se acumulan en las esquinas o en aquellos solares que no tienen un propietario presente.

El árabe se preocupa de sí y de su casa. Va limpio, elegante y perfumado, pero el terreno común es terreno de nadie. La calle no es asunto suyo. Es un vertedero. Un



día vi como un tipo sacaba la mano por la ventanilla de su flamante Mercedes. Sostenía un vaso de yogur... lo dejó llenarse de aire y luego lo soltó con plena indiferencia. El vasito voló hasta el desierto. Allí se quedara siglos.

Al amanecer hay menesterosos limpiando coches deportivos. Los pobres lavan los millones de los ricos. La densa espuma que queda en el asfalto es el residuo que deja la cotidiana ceremonia. En El Cairo viven pobres como no he visto en otras ciudades. Hombres y mujeres viejos que no tienen quien les asista y cuya miseria es odiosamente visible. Resultaba doloroso.

La carretera de Alejandría hasta El Alamein estaba sembrada de resorts y publicidad... inmensas promociones inmobiliarias en construcción le dan un aire fantasmal, sucio, polvoriento, triste. El ansia de dinero lo corrompe todo. La costa egipcia del Mediterráneo es un interminable y vacío Marbella.

En Matruh hablé con un comerciante vestido con túnica blanca. Me dijo que era un hombre peli-groso, que ponía bombas en el extranjero. Era una broma, pero no

le vi la gracia al chiste. Preguntó mi religión y le dije que cristiano. Él me dijo que había conocido una pareja de belgas que aseguraban no tener dios, le dijeron que Dios estaba en la mente. El hombre estaba escandalizado, no lo entendía. Yo tampoco lo entendí. Un occidental que se declara ateo en Occidente viene a decir que no está afectado por las pendencias religiosas, que él está en el medio, que es moderado y que por supuesto respeta a los musulmanes y sus costumbres. Sin embargo, los ateos que van a Oriente Medio no se dan cuenta de que decirle a un musulmán que Dios no existe y que Alá es solo una creación de su mente es peor que pegarle a su madre o escupir en su comida. No se puede esperar nada bueno de eso.

Me dijo que le gustaba hablar con todos los occidentales que pasaban por allí, que era su modo de viajar ya que no tenía dinero y que su pasaporte estaba maldito por ser árabe. Para mí, dijo, era fácil viajar por ser europeo. Yo no tenía que pedir visados para ir a Irán, Irak, Egipto, Libia... Luego me dijo que en España habíamos matado a millones de musulmanes al conquistar Al Andalus, que los habíamos expulsado o forzado a convertirse, mientras los musulmanes habían respetado las otras religiones. Cuando le comente que también habíamos expulsado a los judíos se sonrió aviesamente. ¿No había judíos en España?, eso era bueno, concluyó.

Tomo rumbo sur. Voy al corazón del Sahara Oriental. Desierto absoluto. Desierto blanco, casi glauco. Muchas horas después llego a Siwa. El oasis del oráculo a muy pocos kilómetros de la frontera con Libia. Hasta aquí llegó Alejandro Magno a preguntar si sería amo del mundo. Más allá, solo hay minas antipersona.

Recorro el barrio de adobe. La ciudadela parece un recortable encomendado a un epiléptico en pleno ataque. Los muros de arena apelmazada se han abierto, derrumbado, inclinado, rajado y resquebrajado hasta lo inverosímil. Contra el azul empastado de este cielo protector, ofrece la silueta de una corona de rey loco.

Su enemigo fue la inusual lluvia que cayó durante tres días seguidos y anegó un castillo de arena sin playa ni mar.

Siwa es un lugar tranquilo y apacible. Pero hay algo oscuro en tanta tranquilidad. Las mujeres de Siwa viven bajo un buzo.

Aquí todas visten con burka. Esto no es Afganistán, esto es el moderno Egipto aliado de Occidente. Siwa también es abundoso en europeos. No son como los turistas de tour operador que van en manada a Giza, Luxor o Aswan, estos son los viajeros (y viajeras) que gustan de vivir lo auténtico y sentirse inmersos en el universo local que visitan.

Viéndoles tan felices y relajados en el café Abduz, encaramados en las ruinas del templo del Oráculo o languideciendo entre las espigadas palmeras del oasis, pareciera que esas airadas protestas contra la desigualdad son solo para cuando están en Europa y hay que defender por e-mail a la nigeriana Amina Lawal de la lapidación. ¿Pero con cuántas Aminas se cruzan en las calles de Siwa bajo su atroz manto de oscuridad sin que ni siquiera las vean? ■

“... me dijo que en España habíamos matado a millones de musulmanes al conquistar Al Andalus, que los habíamos expulsado o forzado a convertirse, mientras los musulmanes habían respetado las otras religiones.”

